



laboratorio viviente

por Sandra Bessudo

Nuestro planeta es un planeta oceánico: el 70% está cubierto de mares y es en ellos donde se originaron todas las formas de vida. Aun así, hemos hecho mucho menos para proteger el medio marino que para proteger la porción seca del planeta, que es mucho más pequeña. Mientras que casi el 13% de la superficie terrestre de la Tierra está cubierta de zonas protegidas por designación oficial, menos del 0,6% de los océanos se protegen de esa manera, ni siquiera por escrito. Y el WWF estima que menos del 10% de esas zonas marinas protegidas alcanzan sus metas y objetivos de ordenación en la práctica. Los dirigentes que asistieron a la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible de 2002, celebrada en Johannesburgo, resolvieron afrontar este problema y se comprometieron a incrementar la cantidad de zonas marinas protegidas y establecer redes conformadas por esas zonas.

Durante los últimos 12 años, Colombia ha protegido y ordenado su extraordinaria isla Malpelo y las aguas que la rodean. Cumbre de una cordillera submarina, que nace a los 4.000 metros por debajo de la superficie del océano Pacífico –unos 490 kilómetros al oeste del puerto de Buenaventura–, la masa rocosa de la isla se eleva unos 90 metros por sobre el nivel del mar. Fue declarada Santuario de Flora y Fauna por el Sistema de Parques Nacionales de Colombia en 1995, y al año siguiente se agregaron seis millas de océano que la rodean. Por último, en 2005, la zona marina protegida se extendió a 25 millas náuticas alrededor de la isla, con lo que se convirtió en la novena zona de veda más grande del mundo, con una superficie total de 8.575 kilómetros cuadrados.

Ha alcanzado un alto grado de reconocimiento internacional. En 2002, la Organización Marítima Internacional declaró la zona marina protegida “zona sensible especial”. BirdLife y el Instituto Alexander Von Humboldt declararon el Santuario zona de importancia ornitológica y la UNESCO, patrimonio mundial en julio de 2006.

Malpelo es un laboratorio viviente natural, tal como han demostrado varios estudios internacionales y nacionales. Desde 1998, el Sistema de Parques Nacionales de Colombia –con el apoyo directo de la Armada de Colombia y la Fundación Malpelo– han llevado a cabo expediciones anuales para estudiar y vigilar especies y ecosistemas de importancia local, regional y mundial. Desde 1985, cuando la Armada de Colombia abrió un puesto en la isla con fines de vigilancia y protección de la soberanía, el gobierno ha tenido presencia permanente allí.

A primera vista, la isla quizá parezca yerma, pero alberga una fauna muy especial que está bien adaptada a su sustrato rocoso. El ecosistema terrestre depende de los nutrientes que provienen del mar, del guano que producen las aves marinas y de su escasa vegetación. Al menos cuatro especies terrestres son endémicas: una de cangrejo, una de geco y dos de lagartija. También alberga una de las colonias de cría de alcatraces de Nazca más grandes del mundo –con un tercio de la población total del ave marina– y otras especies de alcatraces, melvas, aves tropicales, petreles y gaviotas. Algunas de las especies son migratorias y se encuentran en peligro por la destrucción del hábitat, la pesca excesiva y la contaminación.

Los mares que rodean la isla contienen al menos 17 especies de arrecifes de coral duros. Aunque sus formaciones no son muy extensas, están muy bien preservadas y, dentro de sus duras paredes, albergan una fauna marina profusa. Varias especies de tiburones –como el tiburón martillo y el tiburón de Galápagos– nadan alrededor de la isla durante el día para alimentarse y, a su vez, para que las mariposas, lábridos y angelotes les saquen los parásitos de la piel en lo que se conoce como “estaciones de limpieza”. Se han observado alrededor de la isla grandes agrupamientos de más de 1.000 tiburones tollos, aunque todavía se desconoce el motivo. Además, Malpelo es uno de los únicos lugares del mundo donde se puede observar en su ambiente natural al tiburón solrayo, que se acerca a la isla durante los primeros meses del año, cuando el agua está más fría. Los buceadores suelen encontrarse con tiburones ballenas, mantarrayas gigantes y varias especies de tortugas marinas, y junto con los fotógrafos, consideran que Malpelo es uno de sus destinos preferidos del mundo.

Por desgracia, el Santuario enfrenta varias amenazas. La más importante –y la más difícil de controlar– es la pesca ilegal. Hay buques colombianos y extranjeros que patrullan la zona y entran al Santuario, lo que causa un enorme daño porque se lleva cientos de tiburones y atunes, y amenazan con su conducta irresponsable a las especies durante ciclos de vida muy sensibles. En la zona también se realizan actividades pesqueras industriales sin control alguno, por lo que las comunidades de tiburones, marlines, atunes y delfines se ven gravemente perjudicadas. Cuando no se maneja como corresponde, el turismo también puede afectar los ecosistemas, que suelen tener gran importancia biológica y son muy vulnerables.

La Unidad de Parques Nacionales de Colombia, la Armada de Colombia, Conservation International y la Fundación Malpelo/MarViva se han unido para elaborar proyectos de conservación del Santuario. Uno de los más importantes y efectivos es la puesta a punto de un bote, que ya ha contribuido enormemente al patrullaje y la vigilancia de la zona. La Fundación también está trabajando en un proyecto de telemetría acústica y satelital de avanzada para determinar los movimientos de los tiburones, con el que se han obtenido resultados muy prometedores que muestran los movimientos de los tiburones martillos en la región oriental del Pacífico tropical.

Hace tres años, los cuatro países de esa región suscribieron a una iniciativa regional que vinculaba siete zonas marinas protegidas: los Parques Nacionales Coco y Baulas, de Costa Rica; el Parque Nacional Coiba, de Panamá; el Parque Nacional Galápagos, de Ecuador; y el Parque Nacional Gorgona, así como el Malpelo, de Colombia. Esa iniciativa apunta principalmente a conservar los procesos ecológicos, tanto a nivel local como regional, así como a generar una gestión política efectiva que garantice la sostenibilidad de los recursos pesqueros y la protección de las especies, en especial las que están en peligro. 